

## Fiestas Patrias

**N**OS PREPARAMOS aquí para el Dieciocho con todo entusiasmo, señor Director, aunque con un tantico de mala fortuna. Nuestro primer Alcalde, deseoso de que las fiestas de este año superen en mucho a las de los años anteriores, ha dispuesto que la Ilustre Municipalidad se reúna en sesión extraordinaria para arreglar el programa, a fin de que cada municipal ponga en él toda su capacidad. Y como son nueve aquellos talentos, podrá usted calcular qué programa ha resultado.

Algunos números son los mismos del año pasado: rompe-cabezas, palo ensebado, carreras de burros, ramadas, salvas, el salir el sol, por el cuerpo de policía y embanderamiento general por el vecindario. Pero hay dos cosas que van a ser en el pueblo verdaderas novedades: un baile para la aristocracia, en el salón de la escuela, y bailes y cantos populares al son de guitarra en la plaza principal.

Mi escuela ocupa en el programa un lugar prominente. A las tres de la tarde del día dieciocho, debemos ejecutar en la plaza un acto patriótico consistente en cantos marciales y "discursos alusivos" (así dice el programa), y el día diecinueve a la misma hora, haremos ejercicios militares en un sitio baldío que está a la salida de la población. He suspendido las clases hace quince días, por orden del señor Alcalde, para ocuparme en enseñar a mis alumnos las canciones y los discursos, y en los momentos en que yo los dejo de mano para descansar un poco, los toma entre las suyas el veterano don Nicanor para enseñarles los ejercicios. Creo yo que con esto sufrirán un poco los programas escolares; pero también es programa el que el señor Alcalde nos manda cumplir...

Con los discursos he pasado por verdaderos apuros y estoy temiendo un fracaso. Don Manuel, el comandante, entusiasmado por la poesía que declamó improvisadamente el menor de sus niños en la fiesta del Corpus, ha venido a pedirme que le confíe al chico un discursito para esta ocasión, "aunque no sean sino cuatro palabras, para

que vaya aprendiendo a perder la vergüenza", según él me dijo, de donde yo deduzco que quiere hacerlo más tarde municipal. Al principio me negué a complacerlo, porque el niño es tartamudo y demasiado pequeño para tal empresa; pero tuve que ceder, porque don Faustino interpuso su influencia para que se cumpliesen los deseos de su edecán.

El baile "de las familias" ha tenido también ciertos tropiezos. Se nombró una comisión de señoras para que lo organizara, bajo la presidencia de la señora Severina; pero nuestra alcaldesa ha chocado con las demás comisionadas, a causa de que éstas quieren admitir a ciertas personas que no son dignas de figurar en la aristocracia. Parece que por este motivo habrá dos bailes en vez de uno, y que me veré yo en un verdadero conflicto para decidir a cuál de ellos deberé favorecer con mi violín, pues tengo por cosa segura que ambos bailes se lo disputarán con empeño y fundarán en él su principal triunfo sobre el contrario.

Al baile popular no se le ve tropiezo de ningún género, pues las niñas Lechuzas están ya ensayando las cuecas y tonadas que han de cantar en la plaza, previo, por cierto, el permiso de don Nicanor, que al otorgarlo, ha dado una gran prueba de patriotismo, si se toma en cuenta lo enemigo que es de que sus niñas se expongan a imprudentes galanteos.

Doña Chayo Cantárida y la Benigna se acercaron uno de estos días a don Faustino en demanda de permiso para "sacar ramada". Nuestro Alcalde, que tiene con ellas recientes y no olvidados enojos, lo negó redondamente, por lo cual madre e hija lo taparon de insultos y lo amenazaron en voz baja con denunciar ciertos enredos que, según ellas, tiene nuestro Alcalde por ahí, en detrimento de los derechos conyugales de la señora Severina. Algo de verdad debe de haber en eso, porque don Faustino en vez de mandar presas a las deslenguadas, les dió a entender que podría concederles el permiso que solicitan, si venían otro día en actitud más conveniente y respetuosa.

Pero el más lamentable de estos incidentes ha sido el que ocurrió en el tabladillo de la plaza, que debía ser el centro de toda la fiesta, pues sobre él debían cantar mis alumnos y desde su altura debían lanzar los oradores sobre la multitud los torrentes de su patriótica elocuencia.

Este tabladillo, de forma octogonal, rodeado de una maciza baranda, sostenido por nueve gruesos pilares de pellín y pintado de color cielo, había resistido durante largos años las inclemencias de las estaciones, sin que le hicieran mella ni los vendavales del invierno, ni los soles ardientes del verano. Fué necesario un terremoto como el del año pasado para que se desviara un poco de sus cimientos y se inclinase hacia uno de sus costados. Don José María notó esta circunstancia y la dió a conocer en la sesión municipal, al mismo tiempo que sus temores de que aquella fábrica pudiera venirse a tierra con el peso de mis discípulos y convertir la fiesta en una catástrofe. Conocido el mal, era fácil el remedio, y la Ilustre Municipalidad acordó, a indicación de don Faustino, confiar la tarea de enderezar el tabladillo al maestro Churrupaco, el primero de nuestros carpinteros, asesorado por una comisión compuesta de cinco ediles y del maestro de escuela, que debía dictaminar sobre las condiciones pedagógicas de los arreglos.

Por invitación de los demás comisionados, cerré ayer mi escuela una hora antes que de costumbre y con Churrupaco a la cabeza nos fuimos todos a desempeñar nuestro cometido. Miramos el tabladillo por todos lados, aplicamos a los pilares la plomada de Churrupaco, que acusó una desviación de dos centímetros, nos cercioramos del buen estado del piso y de la escalera, y nos echamos después a deliberar sobre la manera de enderezar aquello. Opinaban algunos que debía desarmarse por completo, y otros que bastaría poner aquí y allá postes suplementarios, hasta que Churrupaco, que tiene siempre ingeniosos recursos de que echar mano, propuso que se le enderezase con una yunta de bueyes, atados con una gruesa cadena al poste central. Se aprobó aquella idea con mi voto en blanco, y se

procedió incontinenti a ponerla por obra.

Tuve yo razón para no dar mi voto a aquella indicación, y así se lo dije a Churrupaco al ver que el tabladillo no se enderezaba una sola línea, a pesar de los esfuerzos de los bueyes, azuzados a voz en cuello por todos los presentes. Pero el hombre tiene su amor propio, y antes de darse por vencido, declaró que el fracaso se debía a que los bueyes estaban flacos y que respondía del éxito con su cabeza si le ponían allí cinco yuntas mejores que aquella para practicar la operación.

Vinieron las cinco yuntas, con la venia de mis colegas de comisión, y vino todo el pueblo a prestar su ayuda. Acudió el señor Alcalde y los demás municipales, acudieron todos los notables y acudió la plebe en crecidísimo número. Unos venían armados de rebenques, otros de picanas, otros de garrotes y todos dispuestos a prestar el concurso de sus robustos pulmones gritando a más no poder. Se buscaron y encontraron en el acto cabestros y cadenas, y en pocos momentos estuvieron los bueyes atados en largas filas al rebelde pilar y flanqueados por dos estrechas hileras de ayudantes oficiosos, que esperaban atentos la voz de orden del maestro Churrupaco.

La dio éste por fin cuando todo estuvo listo, y al mismo tiempo un clamor inmenso atronó el espacio: cincuenta rebenques silbaron por el aire y cincuenta picanas se clavaron en los costados de los bueyes. Hicieron éstos simultáneamente un esfuerzo desesperado, crujió sordamente el tabladillo y salieron las cinco yuntas hacia adelante, arrastrando tras sí un confuso hacinamiento de pilares, tablas, barandas y escaleras, que fué arrasando los jardines y derribando los árboles en el trayecto de toda una cuadra, en que los bueyes espantados no dejaron de correr.

No sé cómo saldrá del paso el presuntuoso Churrupaco cuando don Faustino lo llame a cuentas por este fracaso. Lo único que atenúa la responsabilidad del carpintero, es que la voz del señor Alcalde era la más sonora de las que animaban a los bueyes. . .

*Cartas de la aldea.* Zig-Zag. Santiago de Chile, 1945. Págs. 192-197.

## El Baile

Aunque han pasado tantos días desde el Dieciocho, señor Director, recordamos aquí todavía y comentamos a cada rato las fiestas con que lo celebramos.

El programa elaborado por la Ilustre Municipalidad no pudo cumplirse sino en muy pequeña parte, en primer lugar, porque el carpintero Churrupaco nos echó a tierra el

tabladillo, procurando enderezarlo y, en segundo, porque con la llegada de don Faustinito cambiaron todas las cosas.

Este don Faustinito es hijo de don Faustino, sigue en Santiago desde hace siete años unos interminables estudios de no sé qué ciencia, y vino ahora, como de costumbre, a pasar con su familia las vacaciones de septiembre.

Tiene aquí fama de muy sabio, porque anda de un modo muy arrogante, con la cabeza echada hacia atrás, cimbrando los brazos con todo donaire y moviendo las piernas con un compás grave y reposado, y porque habla con nosotros en un lenguaje tan culto y escogido que sólo el boticario y yo logramos a veces entenderle. Además, don Faustino cuenta maravillas de los lucidos estudios que hace el joven en la capital, y suele leer en la tertulia de la botica unas cartas que le escribe, en estilo tan florido y elegante, que dejan pasmados de admiración a todos los notables. No sé yo cómo se ingenia don Faustinito para mezclar tantas flores y retóricas en asuntos tan prosaicos como los que en las tales cartas suele tratar. Lo único que yo les encuentro de malo, aunque me guardo muy bien de decirlo, es que la sintaxis y la ortografía no salen en ellas muy bien paradas, y que el joven no sabe apearse gradualmente desde las alturas a qué se encarama, sino que se deja caer de golpe y porrazo, desde las regiones más sublimes a las simas más profundas.

"Querido progenitor mío, decía en una de sus cartas, ¿de qué le hablaré en esta epístola? ¿Del calor? ¡Ah!, es tal que, como dice un gran poeta amigo mío:

*"quema menos  
el fuego abrasador de antro infernal".*

¿De política? Está eso tan revuelto, hay en los partidos tan poco pudor y tal falta de patriotismo, que no se puede hablar de ello sin que pena profunda oprima el corazón y rubor intenso colore la sien. Las papas están a tres pesos y las cebollas a veinte reales, por si Pancho quiere mandar las que le quedan.

Su hijo.

*Faustino 2º".*

Con don Faustinito vinieron tres amigos suyos de la capital: el uno gordo y "bien comido", según lo calificó el municipal don

José María; el otro, escaso de carnes y de barbas, pues se rapaba completa y cuidadosamente todos los días; y el tercero, ni gordo ni flaco y sin cosa alguna de particular. Produjeron los tres en el pueblo muchísima sensación, y se les tuvo desde el principio por sabios y de noble sangre: lo primero, porque eran amigos de don Faustinito y gastaban los mismos andares y la misma actitud majestuosa que el hijo de nuestro alcalde, y lo segundo, porque la señora Severina declaró que, aunque no eran Contreras ni Zagales, merecían serlo, sobre todo el gordo, que era nada menos que sobrino de un primo hermano de un caballero que fué Ministro en una de las pasadas administraciones.

Don Faustinito y sus amigos cambiaron a su gusto el programa, pues lo hallaron anticuado y muy aldeano. Borraron aquí, agregaron allá, enmendaron acullá, y sólo nos dejaron en pie "el baile de las familias". De lo que ellos idearon, lo más importante fué un acto literario-musical, que debía sustituir al canto de mis alumnos, a los "discursos alusivos" y a los ejercicios militares, que tanto trabajo nos habían costado a mí y al veterano don Nicanor.

Bajo la mano prolija y artística de los jóvenes santiaguinos y de las hijas del señor Alcalde, el salón de mi escuela quedó inconfundible. Las paredes desaparecieron tras las guirnaldas de arrayán y las banderas nacionales que las cubrían por completo; las puertas y ventanas no parecían tales, sino entradas de grutas misteriosas, entre ramas de canelo entretrejidas de yedras y copihues; el suelo estaba cubierto por las bien pintadas alfombras de los salones de don Faustino y de don Pacífico; todas las lámparas del pueblo colgaban de las vigas por medio de alambres forrados en papel con los colores nacionales, y junto a las paredes se extendían en correcta formación todas las sillas de junco del vecindario, de variadísimo tipo y calidad. El único piano del pueblo, el de doña Severina, ocupaba el puesto de honor en uno de los extremos, y a su lado se mostraba tímida y modestamente la caja de mi violín.

La sala de mi ayudante, adornada con igual gusto, servía de comedor y de cantina, bien provista esta última de los mejores vinos que se cosechan en los alrededores y de las exquisitas mistelas de apio, de panul y de betarraga que tan bien saben preparar doña Severina y sus niñas.

A las ocho empezó a llegar la concurrencia, que se abría paso difícilmente entre los

apiñados grupos de curiosos que llenaban la calle. Quisiera ser entendido en modas, señor Director, para describirle debidamente las "toilettes" de las señoras; los trajes amarillos con adornos rojos de las tres hijas de don Manuel; la manteleta con azabaches de la señora del boticario; los vestidos de gasa verdegay con volantes cremas de las dos niñas de don José María, y el de punto negro sobre campo azul de la esposa de don Emeterio. Los caballeros se presentaron vestidos modestamente con su ropa dominguera, y la juventud masculina del pueblo, dejando por esa noche el pantalón bombacho y la manta maipina, con ternos de vestón mandados hacer expresamente para la fiesta.

Don Faustino y su familia hicieron a las nueve en punto su majestuosa aparición. Venía primero misiá Encarnación con el más gordo de los jóvenes santiaguinos, luego misiá Panchita con el más flaco, después la señora Severina con el joven que no tiene nada de particular, y por último, don Faustino y don Faustinito. La entrada fué magnífica. Los trajes de la señora y de las niñas y las boas de plumas de avestruz que traían terciadas a media espalda, eran un verdadero derroche de lujo y de buen gusto, y, lo que puso el colmo a la general admiración, don Faustino venía con levita y los jóvenes santiaguinos con *smoking* y guantes blancos.

El silencio que se produjo a la entrada de los recién llegados, el murmullo suave que le siguió, las miradas curiosas y un tanto envidiosas de la parte femenina de la concurrencia y las sonrisas socarronas de los jóvenes del pueblo ante los arreos de los santiaguinos, halagaron muchísimo a don Faustino, que se creyó obligado a recorrer todo el salón dando la mano a todos los presentes para lucir sus guantes de color plumizo, pero me parecieron a mí un síntoma de mal agüero. Entre los jóvenes, sobre todo, que estaban presididos por Benito, aquel desalmado que se atrevió una vez a descargar dos azotes sobre las posaderas del señor Alcalde, creí notar manifiestas señales de descontento ante aquel lujo que les pareció insultante para la sencillez de sus vestimentas.

Empezó el baile con toda compostura, gravedad y corrección. Lo iniciaron los jóvenes de Santiago y las niñas de don Faustino y de don Manuel, con unas cuadrillas desconocidas en el pueblo, que habían estado ensayando con varios días de anticipación, y que fueron recibidas con sordos

cuchicheos entre las niñas y con veladas protestas de parte de los jóvenes, a uno de los cuales le oí decir que no era gracia aprender bailes nuevos con los forasteros para "quebrarles los ojos" a los del pueblo.

Subió de punto la gravedad de la situación cuando uno de los santiaguinos ofreció el brazo a la menor de las hijas de don Manuel y recorrió con ella todo el salón, rogando a las demás que lo dejaran bailar solo, con esta frase que repetía a cada dos pasos, sonriendo misteriosamente como quien anuncia una gran sorpresa:

—Por favor, Fulanita, una pareja no más.

Y bailaron después una graciosa habanera, que las familias de don Faustino y de don Manuel aplaudieron a rabiar, entre la glacial indiferencia de los demás.

Y como si esto no bastara, un nuevo desaire sufrido por los del pueblo vino a poner el colmo a la paciencia con que todo lo habían sobrellevado. Don Erasmo, el novio de misiá Encarnación, se acercó a ella para sacarla a bailar, pero la niña le contestó con un mohín despreciativo:

—Pero, Erasmo, si usted no sabe los bailes nuevos...

Con esto, las hostilidades se rompieron abiertamente.

—Es porque no tenemos guantes —decían unos en voz alta.

—No, hombre, si es por esas chaquetitas —respondían los otros aludiendo a los *smokings*.

—¡Yo también tengo chaquetas de ésal! —dijo Benito, y salió de prisa para volver poco más tarde ataviado con su chaquetilla de montar, que le llegaba apenas a la cintura y que estaba adornada con interminables hileras de botones blancos.

Enardecidos los del pueblo por la hazaña de Benito y por las frecuentes visitas a la cantina, no tuvieron ya miramiento alguno y soltaron las lenguas. Mientras el joven desbarbado lucía en un vals su destreza con inimitables actitudes, el hijo de don José María le gritó a toda boca:

—¡Ofrécele los guantes, cara de gata!<sup>1</sup>

Y mientras el "joven bien comido" brincaba con entusiasmo en una galopa, el incorregible Benito, haciendo bocina con las manos, le gritó desde el comedor:

—¡Ofrécele la chaqueta, patito<sup>2</sup> de olla!

Y por último, cuando, terminado aquel baile, pasaron los jóvenes santiaguinos con sus parejas a saborear las mistelas, pudieron ver que los guantes que uno de ellos había dejado distraidamente sobre el piano, esta-

ban llenos de vinto tinto y colgados de la lámpara central del comedor.

Aquello era ya demasiado y don Faustino no lo pudo soportar. Habló en voz baja con la señora Severina, se puso de acuerdo con don Faustinito y con sus tres huéspedes, requirieron éstos a las niñas y salieron todos, seguidos de la familia de don Manuel y de dos o tres más, no sin que la señora alcaldesa dijera en voz alta al pisar el umbral:

—¡Tú tienes la culpa, Faustino! Yo no quería admitir en el baile a esta chamuchina...

Y se quedó sola la segunda nobleza de la aldea, y el baile siguió adelante, después de cortos minutos de vacilación. Pero no habían pasado veinte minutos, cuando fuertes

golpes dados a la puerta nos pusieron a todos en alarma. Era el sargento de policía seguido de sus dos subalternos y de tres mozos, que venían, por orden del señor Alcalde, a... llevarse el piano.

Les fue entregado sin dificultad, y mi violín lo reemplazó ventajosamente, al decir de los danzantes, hasta que los primeros rayos del sol nos obligaron a retirarnos, al son de la marcha *Frégoli*, que toqué yo cayéndome de sueño, y cuyas melodías fueron las últimas con que celebramos en mi aldea el aniversario nacional.\*

<sup>1</sup>Aquí hay un error de imprenta, por respeto al público. Falta una letra.

<sup>2</sup>Idem. Hay una letra cambiada.

\**Cartas de la aldea*. Págs. 198 a 205.